

資料 :

西訳古典落語 (Translation: Classic Rakugo in Spanish)

Rakugo

Traducción del japonés: Katsuyoshi WATANABE (渡辺克義), Efraín VILLAMOR HERRERO

En el zoológico (動物園)

Daisuke, caradura donde los haya, fue a una entrevista de trabajo después de enterarse de que si trabajaba en el zoológico podría vivir a cuerpo de rey.

Hasegawa: Mucho gusto. Soy el director del zoológico. Me llamo Hasegawa.

Daisuke: Encantado de conocerle. Mi nombre es Daisuke Yamamoto. Están buscando nuevo personal, ¿verdad?

Hasegawa: Sí, así es. El otro día perdimos a uno de nuestros tigres. Y ahora estamos buscando a alguien que suplante al tigre. Es una pena. El tigre era muy querido por los niños.

Daisuke: ¿Eh? ¿Suplantar al tigre? Pero, ¿es que acaso una persona puede suplantar a un tigre en un zoológico?

Hasegawa: Es pan comido. Solo es necesario que se ponga un traje de tigre y ya está.

Daisuke: Espere un momento, este trabajo requerirá un gran esfuerzo físico, ¿no?

Hasegawa: Bueno según cómo se mire, al principio puede parecer que sí, pero en el fondo es asequible para cualquier persona. Con que te pongas el traje y merodees por la jaula, es suficiente.

Daisuke: Escuche, yo le avisé de que a mí no se me da bien hablar con la gente.

Hasegawa: Bueno, siendo un tigre, es incluso mejor que no hablaras.

Daisuke: Y por un día de trabajo, ¿cuánto se cobra?

Hasegawa: Pagamos 15 000 yenes por día.

Daisuke: ¡15 000 yenes! ¡Trato hecho!

Hasegawa: De acuerdo. ¡Ah, qué bien! Por fin hemos encontrado a alguien que nos haga de tigre. Venga, que no hay tiempo que perder. Aquí tienes el traje de tigre.

Daisuke: “Primero la pierna, luego meto las manos, la máscara y por último cierro la cremallera y ... listo”. ¿Cómo me queda?

Hasegawa: Está bien. Mas recuerda no ponerte en pie,

o si no asustarás a los niños. Tendrás que moverte a cuatro patas.

Daisuke: Vale, pero una cosa. ¿Puedo fumar durante la jornada de trabajo?

Hasegawa: ¿Pero muchacho, dónde has visto tú a un tigre fumando? Hasta el cierre, está prohibido fumar en todo el recinto. ¿Entendido?

Daisuke: Como usted mande.

Hasegawa: Voy a cerrar con llave la jaula.

Daisuke: ¡Oiga! No me deje encerrado, que entro en pánico.

Hasegawa: Pero, ¿cómo no voy a cerrar animal? No ves que si no los clientes se van a espantar.

Daisuke: “¡Vaya! Hay un montón de visitantes. ¡Todos temen al tigre! Nadie se da cuenta de que llevo un disfraz. ¡Buah! Menuda pinta tiene el bocadillo de ese niño”. ¡Oye chaval! ¡Dáme ese bocata!

Niño: ¡Mamá! El tigre me ha pedido el bocata.

Madre: No digas bobadas. ¿Es que no sabes que los tigres no pueden hablar, o qué? Además, los tigres no comen pan. Ellos solamente se alimentan de carne.

Niño: Pero si me ha dicho que se lo diera.

Madre: Pues bueno dáselo a ver.

Daisuke: “¡Toma! ¡Me lo ha dado! ¡Jo, qué rabia! Por culpa de la máscara no puedo comérmelo. No queda otra, me la tengo que quitar”.

Niño: ¡Mamá, mira! El tigre se ha quitado la cabeza para comer el bocadillo.

Madre: Menudo tigre más extraño.

Daisuke: “¡Uf! Me he librado por los pelos. Un poco más y me descubren”.

(Megafonía) *Estimados clientes, en el día de hoy contamos con un nuevo evento en la jaula del tigre. En breves momentos, podrán contemplar el duelo entre el león y el tigre. Por favor, vayan agrupándose alrededor de la jaula del tigre.*

Daisuke: “¿Cómo? ¡Qué dices! A mí nadie me ha informado de eso. Si me meten un león en la jaula me

matará... ¡Mi vida no cuesta 15 000 yenes! ¡Ay Dios!
¿Qué voy a hacer?”

Niño: Mamá, mira ahora el tigre está temblando.

Madre: Pues claro, es que no ves que en vez de carne está comiéndose tu bocata, normal.

Daisuke: ¡Sh...callaos! ¡Oh, no viene un león! ¡Fuera bicho, largo... véte para allí...allí!

El león se acercó a Daisuke sigilosamente. Daisuke se agachó escondiendo la cabeza y metió el rabo entre las piernas. Y entonces, el león susurró al oído de Daisuke.

León: ¡Tranquilo que soy yo, el director Hasegawa!

Chiritotechnin (ちりとてちん)

Kumagoro: Me he enterado de que hoy es su cumpleaños.
¡Muchas felicidades!

Casero: Ah, gracias hombre.

Kumagoro: Si no es descortesía, ¿cuántos años ha cumplido?

Casero: Afortunadamente, he llegado a los sesenta y cinco.

Kumagoro: ¿Sesenta y cinco, dice? Pues sí que se conserva bien. Por mucho que me lo dijera, yo juraría que usted no aparenta más de sesenta y cuatro.

Casero: Sí, la verdad. Hasta ayer tenía sesenta y cuatro, pero a partir de hoy, ya tengo sesenta y cinco. Pero bueno, de todas maneras, dejemos de hablar de mi edad. Adelante, pase por favor. Un familiar me ha enviado un licor fantástico, ¿le apetecería que lo abriéramos juntos?

Kumagoro: ¿De veras? Muchas gracias, si no es molestia, me encantaría aceptar su amable invitación.

Casero: Este es el licor que le comentaba. Se llama: *Shiragiku*. Es un producto muy difícil de encontrar, ¿no se vaya usted a pensar?

Kumagoro: ¿Ha dicho, *Shiragiku*? Creo haberlo escuchado en alguna ocasión, pero nunca lo he llegado a probar.

Casero: Aquí tiene, a ver qué le parece.

Kumagoro: ¡No, no me eche hombre! No lo vaya a desperdiciar conmigo, seguro que tiene algún invitado mejor al que agasajar con él.

Casero: Ande, no sea modesto, y pruebe un poco.

Kumagoro: ¡Qué no, que...! Bueno, si insiste tanto. Pero sólo un poquito que no me quiero aprovechar... ¡Madre mía, está buenísimo! Tenía usted razón, este licor es magnífico.

Casero: Disculpe, no le había puesto nada para picar.
¿Qué le parece un poco de *sashimi* de besugo?

Kumagoro: ¿Me va a invitar a *sashimi* también? ¿Y

encima de besugo dice? Creo haberlo escuchado en alguna ocasión, pero nunca lo he llegado a probar.

Casero: Aquí tiene. No se reprima y pruébelo.

Kumagoro: ¡Bua...qué rico! Señor casero, le agradezco que me haya invitado, de verdad estaba todo exquisito.

Casero: Espere, que mi mujer ha freído *tempura*, ¿no le gustaría probar un poco?

Kumagoro: ¿Eh, *te...tempura*? Creo haberlo escuchado en alguna ocasión, pero nunca...

Casero: Aquí se la dejo. Cómala pronto, antes de que se enfríe.

Kumagoro: ¿Qué buena está! ¡Dios mío! Pero, ¿por qué está tan rico todo?

Casero: ¿Tanto le ha gustado? Me alegro mucho, es usted un hombre fácil de satisfacer. Le sirvan lo que le sirvan, usted siempre es agradecido y se lo come todo con entusiasmo. En cambio, Take, el de al lado, siempre se hace el interesante diciendo que si: “ese plato ya lo he probado antes”, que si: “esto tampoco es nada del otro mundo”. No se imagina, ¡no hay quién le ponga de comer a ese hombre!

Ha dicho algo mi esposa, ¿verdad? ¿Qué te ha pasado? ¡Qué! ¿Cómo que se te ha aparecido un *tofu* podrido, pero de qué hablas mujer? A ver, tráelo aquí. ¿Pero qué es esto? ¡Si está lleno de moho! (*Abre la tapa del recipiente, y cuando acerca la nariz al tofu*) ¡Puuaj! ¡Qué peste! Señor Kuma, mire que desastre de comida.

Kumagoro: A decir verdad, nunca he probado un *tofu* podrido.

Casero: ¿Acaso está pensando en probarlo? ¡Esto no es comestible, hombre! Un momento, ojalá pudiera hacer que aquel dichoso Take escarmentara... ¡Ya lo tengo! Hagamos que él se lo coma. Creo recordar que él dijo el otro día de forma altanera que había estado en París. Le diré que me lo ha enviado un gastrónomo que conozco allí. Seguro que él, que odia ser el último en todo, no tendrá reparo en probarlo, aunque solamente sea para no quedar mal diciendo que no lo ha comido nunca.

Kumagoro: Es una gran idea.

Casero: Lo removemos, le ponemos un poco de salsa de soja por encima y lo llenamos de *wasabi*. A ver, ¿con qué nombre bautizamos a nuestra obra maestra? Señor Kuma, ¿se le ocurre algo?

Kumagoro: ¿Qué le parece: *Chiritotechnin*? No sé, se me acaba de ocurrir ahora. A mí me gusta, se parece al sonido del *shamisen*.

Casero: ¡Perfecto, vale! Le voy a decir a mi mujer que llame a Take. Cariño, ¿puedes traer a Take, al de

la casa de al lado? (*Pasan unos instantes*) ¡Ah, ya está aquí! ¡Hombre, Take! Pasa, pasa. Te he llamado porque hoy es mi cumpleaños y estamos celebrándolo el señor Kuma y yo bebiendo. ¿Te apetece tomar algo?

Takezo: Bueno, si insistes me quedaré un rato. ¿Otra vez bebiendo *Shiragiku*? Pero que porquería estáis tomando.

Casero: Sí ése mismo estábamos bebiendo. Ah, pero no te preocupes, que no hace falta que te esfuerces en beberlo ni nada.

Takezo: No hombre, si no me importa, ya que me has invitado me aguanto y ya está. ¡Dios, qué malo está! Pero bueno, ya da lo mismo por un trago más, ponme un poco más. ¡Buaj!

Casero: Oye, que si no te gusta, no bebas ¿eh? Por cierto, ¿sabes que tengo un plato parisino? ¿Te gustaría probarlo? Me lo ha traído un familiar que ha estado unos días en París.

Takezo: ¿Comida francesa dices?

Casero: Se llama: *Chiritotechin*. Tú decías que habías ido a Francia, ¿no? ¿No lo conoces?

Takezo: ¿*Chiritotechin*? Ah, ahora caigo, sí, ya sé cual es, es ése que comía tres veces al día cuando estaba en París.

Casero: Entonces te gusta ¿no?

Takezo: No es que me guste, es que adoro ese plato. Es mi comida favorita.

Casero: Igual podías enseñarnos cómo se come, al señor Kuma y a mí, que desconocemos la forma correcta de comerlo.

Takezo: Claro hombre, eso es pan comido. (*Lo destapa*) ¡Puaj, cómo huele!

Casero: ¿Ah, el olor? Ya, pero tú ya sabías que es un poco fuertecillo ¿no?

Takezo: ¿No te he dicho que me encanta? Lo mejor de este plato es su aroma.

Casero: Lo que tú digas, pero parece que estás llorando.

Takezo: Sí, de alegría. No ves que hace un montón que no lo comía.

Casero: Vale, hombre, si aquí nadie duda de tu palabra. Ahí tienes, todo tuyo.

Takezo: (*A regañadientes come un bocado*) ¡Buah....! ¡Ay...! ¡Qu...é rico! ¡Está qué te...mueres! Pero, por favor tráeme agua corre.

Casero: Oye, ¿y qué tal está de sabor?

Takezo: Sabe justo como el *tofu* podrido...

La sardina de Meguro (目黒のさんま)

En un día de otoño, a un señor feudal residente en la capital Edo se le ocurrió repentinamente partir a

caballo, en una expedición de cetrería junto con diez de sus súbditos.

Hidalgo: Sin apenas darnos cuenta, nos hemos alejado mucho. ¿Dónde nos encontramos ahora?

Lacayo: Su señoría, ahora nos hallamos en Meguro.

Hidalgo: Ya veo. Me estoy empezando a encontrar hambriento, traédme el almuerzo.

Lacayo: Tendrá que disculpar nuestra imprudencia, pero debido a la súbita decisión de partir de caza, no hemos dispuesto del tiempo suficiente para hacer los preparativos adecuados.

Hidalgo: Comprendo. ¡Ah! Parece que alguien está cocinando pescado, ¿percibes el aroma? ¿Qué clase de pescado será?

Lacayo: Es una sardina, mi señor.

Hidalgo: ¿Sardina dices? ¿Qué variedad es ésa?

Lacayo: Su señoría, este pescado es un ejemplar comido por los estratos más bajos. No es una comida digna de su envergadura.

Hidalgo: Acaso no se dice que: “Con el estómago vacío no se puede luchar”. Tengo un hambre atroz. ¡Traédme aquí esa sardina ahora mismo!

El lacayo apresuradamente se dirige a la residencia en la que se estaba cocinando el pescado en cuestión.

Lacayo: Con permiso. Perdonarán el atrevimiento, pero mi señor requiere alimento. ¿Sería muy osado pedirles uno de los pescados que tienen ahí?

Campesino: Desgraciadamente, nosotros no regentamos una posada, así que como usted comprenderá, nuestra comida no es digna de ser servida a un gran señor.

Lacayo: Se lo ruego. No dude de que será recompensado adecuadamente.

Campesino: ¿De veras? De acuerdo, entonces. Espere, que ahora mismo se lo preparo.

Después de negociar con el campesino, el sirviente logra con éxito llevar hasta su señor la comida.

Lacayo: Mi señor, aquí tiene la sardina. Deseo que sea de su agrado.

Hidalgo: Vaya, así que éste es el aspecto del pescado al que llama la plebe sardina, ya veo. (*Remilgadamente lleva un pedazo a la boca*) ¡Excelente! ¡Quién hubiera dicho que iba a tener este sabor!

En aquella época, los señores feudales acostumbraban a degustar tan solo pescados de gran calidad, como el besugo. Sin embargo, a pesar de la calidad de los pescados que ingerían, día tras día comer solamente besugo les resultaba tedioso. El señor feudal, no pudo olvidar el sabor de la sardina comida y pasaba sus días anhelando volver a probarla. Fue entonces cuando fue invitado por un pariente de la nobleza.

Pariente: ¿Tiene alguna preferencia para la comida?

Hidalgo: Me satisfaría mucho comer sardina.

El pariente salió desbocado tras oír la inesperada petición del señor feudal. Se dirigió al mercado de Nihonbashi dónde encargó la sardina de mayor calidad que había.

No obstante, preocupado por los posibles efectos adversos del grasiento pescado en la salud del señor feudal, el pariente decidió quitarle la grasa cociniéndolo al baño María. Apartó cuidadosamente una a una las espinas con pinzas, y lo sirvió sin salsa alguna.

Pariente: Aquí le traigo el plato de sardina que me pidió.

Hidalgo: ¿Seguro que esto es sardina? Pero si está pálido.

Que yo recuerde la sardina se sirve bien cocinada.

Pariente: No cabe la menor duda de que lo que le traigo es sardina fresca, señor.

Hidalgo: (Prueba un bocado) Pues...sí, realmente parece que sea sardina pero... ¿Dónde la ha conseguido?

Pariente: En el mercado de Nihonbashi.

Hidalgo: Claro, ya decía yo. ¿Acaso desconoce que la única sardina que merece la pena es la de Meguro?

El juicio del Tengu (天狗裁き)

En Japón desde la antigüedad se ha creído que en las profundidades de las montañas residían los seres mitológicos llamados: tengu. Se dice que los tengu tienen un rostro rojizo con una prominente nariz, y tienen la capacidad de volar a su antojo. En este rakugo aparece uno de ellos.

Omitsu: ¡Venga, levanta! ¿Qué haces durmiendo aquí? Te vas a resfriar. ¡Ah! Se ha reído. Éste seguro que está soñando con algo divertido. ¡Ah! Ahora se ha puesto serio. ¿Le habrá pasado algo malo en el sueño? ¡Se ha vuelto a reír! Oye, ¿pero qué clase de sueño estás teniendo? ¡Despierta! Venga, hombre. ¡Levántate de una vez!

Kumagoro: ¡Ua! ¿Por qué me despiertas?

Omitsu: A ver, ¿qué estabas soñando?

Kumagoro: ¿Cómo?

Omitsu: Te digo que: ¿qué soñabas?

Kumagoro: ¿Eh?

Omitsu: No te hagas el loco. ¿Qué estabas soñando?

Kumagoro: ¿Soñar? No estaba soñando nada.

Omitsu: ¡Venga ya! Pero si te estaba mirando y no parabas de reírte de repente. Me dices de una vez lo que estabas viendo.

Kumagoro: No seas pesada, te digo que no estaba soñando nada.

Omitsu: No sé de que vas, pero que sepas que aunque estuvieras soñando con una mujer atractiva, no me

voy a enfadar, ¿eh? Venga, dímelo.

Kumagoro: ¿Una mujer atrayente? Pero mujer, ¿tú de qué demonios estás hablando?

Omitsu: ¡Anda, qué no es más que un sueño! Cuéntamelo.

Kumagoro: Te digo que no estaba soñando nada. Si hubiera soñado algo así te lo diría.

Omitsu: ¿En serio? Bueno, vale. Qué sepas que eres un interesado, ¿eh? Cuando nos casamos, me dijiste que seríamos uña y carne, y ahora mírate. Ocultándome lo que sueñas. Esto es increíble ¡Paso de ti!

Kumagoro: ¡Ey, espera! Que te digo que no he visto ningún sueño. ¿Cómo pretendes que te cuente un sueño que no he visto? ¿Es que estás tonta?.

Omitsu: ¿Tonta? Increíble. Ahora encima vas y me insultas.

Kumagoro: Sí, porque es lo que eres: ¡una boba!

Omitsu: ¿Yo? Aquí el único idiota eres tú.

Tokujiro: ¡Ya vale, hombre! ¿Pero qué está pasando aquí? Siempre discutiendo. ¿Ahora que diantres os pasa?

Omitsu: ¡Escucha, Toku!

Tokujiro: A ver, ¿qué es lo que os pasa?

Omitsu: Éste que se ha quedado dormido en el balcón, y estaba a cada rato riéndose y poniendo caras. Le despierto y le pregunto por lo que estaba soñando y va y me dice: “No, si no estoy soñando nada”. ¿Tú te lo puedes creer? Es que no me cuenta ni siquiera lo que sueña.

Tokujiro: ¡Ay madre! ¿Pero es que acaso estáis riendo por un simple sueño? No me traéis más que quebraderos de cabeza, ¿eh? A ver, Omitsu cálmate, por favor. ¿Qué podemos hacer? ¡Ah, ya lo tengo! Ve a mi casa y tómate un té o algo para relajarte, que yo me encargo de esto, ¿de acuerdo?

Kumagoro: Siento las molestias, Toku.

Tokujiro: No pasa nada, tranquilo. Si nosotros somos cómo hermanos. A ver, venga, suelta. ¿Qué narices soñabas?

Kumagoro: ¡Oye, Toku! ¿Tú también? Ya me he cansado de decir, que yo no estaba soñando nada.

Tokujiro: ¡Ah, sí, sí! Claro, hombre. Cómo si yo no supiera que los hombres, ejem...pues eso que a veces soñamos cosas alegres, ¿tú ya me entiendes? Venga, no te hagas de rogar y dímelo, que yo soy como una tumba.

Kumagoro: Toku, que te digo que no. Te juro que no estaba soñando nada, créeme.

Tokujiro: ¡Cómo eres para estás cosas! Pero si somos casi hermanos, hombre. ¡Suéltalo ya!

Kumagoro: Si ya lo sé, pero es que te digo que no he

soñado nada de nada.

Tokujiro: Pues nada, para ti la perra gorda. Ya me he cansado de jugar. Parece que no lo pillas ¡eres más bobo!

Kumagoro: ¿Yo soy el bobo? Aquí el único tonto eres tú, que no paras de repetir como un loro la misma pregunta.

Casero: ¡Alto ahí! ¿Qué pasa hombre? ¿Qué es todo este jaleo? ¿No os da vergüenza?

Tokujiro: Buenos días, Señor Casero. Escuche, éste, estaba discutiendo con su mujer y yo que voy y me meto para separarles, va su mujer y me dice que su marido le está ocultando lo que estaba soñando.

Casero: Ya veo, así que discutiendo por un sueño, ¿eh? Toku, mi hermano pequeño ha traído un licor fantástico, ¿por qué no te pasas por mi casa y te tomas algo para despejarte un poco? Bueno, y entonces Kuma, ¿qué era lo que soñabas?

Kumagoro: ¿Pero qué está pasando aquí? ¿Hasta usted va a dudar de mi palabra? Le digo que no estaba soñando nada, ¡hombre! ¿Qué quiere, que me lo invente?

Casero: Kuma, los dos sabemos que Toku es un charlatán. Sin embargo, yo no abriré la boca. ¿Podías contármelo no?

Kumagoro: Sintiéndolo mucho, me temo que tengo que decirle que no puedo, ¡porque no estaba soñando nada!

Casero: Lo que tu digas. Venga fuera de aquí.

Kumagoro: Pero, ¿qué he hecho yo?

Casero: ¡Qué duro de mollera eres! ¡Confiesa de una vez, hombre!

Kumagoro: Sí por mucho que insista, no va a lograr nada, ¿o es que aún no se ha percatado de que yo no he tenido ningún sueño?

Casero: Ya me he hartado. ¡Fuera!

Kumagoro: ¿Me dice en serio que me está echando? ¿A mí? De ninguna manera, faltaría más.

Casero: ¡Aquí mando yo! ¿No recuerdas cuando viniste y rellenaste el contrato, en el que ponía que cuando yo lo ordenara te tenías que ir. Pues eso, ¡hala! Arranca.

Kumagoro: Señor Casero, ¿qué es lo que he hecho yo mal? Me está despachando solo porque no le cuento mi sueño. ¿Le parece eso una razón justificada? Si me expulsa por esto yo le denuncio, ¿eh?

Casero: Tú mismo.

Magistrado: Señor Casero, según me informa, usted ejerciendo su capacidad como dueño ha despedido a Kumagoro después de que éste rehusara a contarle el sueño que había tenido, ¿es esto cierto? Así ha quedado corroborado. Sin embargo, le diré que usted

no dispone de ningún derecho que le permita conocer los sueños de sus empleados. Ese comportamiento no es adecuado, ¿lo ha comprendido?

Kumagoro, has ganado. El caso queda cerrado. Puedes permanecer aquí si lo deseas, ya no queda nadie.

Kumagoro: Muchas gracias. Estoy en deuda con usted señoría, le quedo enormemente agradecido.

Magistrado: Nada tienes que agradecer. Escucha un segundo, no le contaste ni a tu esposa, ni al señor casero nada pero, díme, ¿qué soñaste?

Kumagoro: ¡Pero, oiga señoría! Cómo voy a contarle algo que desconozco.

Magistrado: ¡Silencio! ¿Es que te estás rebelando contra mí? Yo que te he concedido la libertad sin cargos, y aún así dices que no puedes contármelo.

Kumagoro: Le digo que si hubiese visto algún sueño se lo hubiera contado tanto a usted como al señor Casero. Pero cómo no he visto nada, pues eso...no hay nada que contar.

Magistrado: ¡Serás desagradecido! ¡Con esto escarmentarás, ya verás cómo sí! Llévense a este mequetrefe y cuélguenlo hasta que escupa lo que ha soñado.

Kumagoro fue maniatado y suspendido de un gran árbol. Justo en el momento que iba a perder el conocimiento, sopló una gran corriente de viento y Kumagoro fue absorbido por ella. Siendo alzado por los aires, vió como en ese preciso instante se le aparecía frente a él, un envejecido Tengu con el rostro rojizo.

Tengu: ¡No pierdas la compostura! En estos momentos, te encuentras en las profundidades de la montaña.

Kumagoro: ¿Eh? ¿Qué hago yo aquí? ¿Me ha traído usted?

Tengu: Exacto. Mientrás yo estaba volando, ví que estabas colgado de un árbol. Aquel magistrado no es mala gente, no obstante cabe decir que el juicio de esta ocasión ha sido desmesurado. Esa ha sido la razón por la que yo te he salvado el pellejo.

Kumagoro: Se lo agradezco mucho. ¿Cómo podría agradeceréselo? Creía que ya no iba a salir de allí.

Tengu: Todos esos querían conocer tu sueño, mas no has de encontrar motivo de aflicción alguna. Yo no tengo el mínimo interés en él.

Kumagoro: Es usted muy amable.

Tengu: Entretanto te diré, que si deseas desahogarte y desvelarlo en mi presencia, has de saber que no tendré reparo en escucharte.

Kumagoro: Un momento, no es que no quiera contarle, el problema es que no he tenido ningún sueño.

Tengu: No te angusties. Ahora te encuentras en un lugar recóndito en la sierra, puedes hablar sin temor alguno.

Kumagoro: Estimado señor tengu, le repito a usted también que yo no he soñado nada en absoluto.

Tengu: En el caso de que reniegues confesar, haré que seas castigado con la muerte.

Kumagoro: ¡No! ¡Deténgase! ¿Por qué a mí? ¡No...!

Fue entonces cuando el tengu levantó en alto a Kumagoro agarrándole del cuello.

Kumagoro: ¡Aj! ¡so...socorro! ¡Me ahogo!

Omitsu: ¡Cariño! Despierta, ¿qué pasa? ¿Qué estabas soñando?

***La mandarina de las mil monedas* (千両みかん)**

Hoy en día contamos con muchas facilidades, durante todo el año podemos disfrutar comiendo fresas, manzanas, plátanos o incluso piñas. Sin embargo, antaño no era así, ya que no se conocían ni los invernaderos ni los refrigeradores aún. Por otra parte, esto hacía que se pudiera disfrutar de los alimentos de temporada.

El joven sucesor de un gran comercio, cayó enfermo por causas desconocidas. Cuando era auscultado por el doctor, le decían que no le encontraban nada. No obstante, sus síntomas no hacían más que empeorar. Probablemente, sufra de una enfermedad mental.

Propietario: Ven aquí. ¿Acaso has olvidado lo que dijo el médico?

Gerente: Señor propietario, seguramente usted también ha de estar preocupado por el estado de su hijo.

Propietario: Pues sí, la verdad es que sí. Escucha, tengo que pedirte un favor. Está claro que algo le está pasando a mi hijo en la cabeza. ¿Te importaría preguntárselo por mí? A mí, que soy su padre, probablemente le de vergüenza contármelo. Pero como tú y él sois amigos desde la infancia, a ti puede que te lo cuente.

Gerente: Comprendo. Será un placer. Déjelo en mis manos.

Propietario: Gracias, hombre. A ver que puedes averiguar.

Joven enfermo: ¡Cuánto tiempo! ¡Qué bien que haya venido!

Gerente: Disculpeme, he estado muy atareado en la tienda y no he podido venir a visitarle con anterioridad. Al parecer, su padre dice que no se encuentra bien de salud, y dice que ni tan siquiera tiene apetito. Sinceramente, yo desconozco los pormenores de la medicina pero, ¿no cree que quizás padezca algún problema de tipo mental? Ya sabe que

nosotros tenemos una buena relación, sabe que puede confiar en mí, ¿no? ¿Por qué no me cuenta lo que le está sucediendo?

Joven: No tengo nada que contarle. Diga lo que diga solo haré que aumente la preocupación de mis padres. Así que pienso continuar mi ayuno hasta que muera.

Gerente: Venga ya hombre, no diga eso. No me trate como a un desconocido, que soy yo, su amigo. No tenga reparo, diga, ¿que le apetece comer? Le traigo lo que quiera.

Joven: Bueno, está bien. Le diré que quiero comer, pero no se ría ¿eh? Lo que me apetecería comer son....son mandarinas.

Gerente: ¿Ma...mandarinas? ¡Eso está hecho, hombre! Enseguida tendrá la casa llena de ellas, espere.

Joven: Gracias.

Gerente: Buenos días, ya he regresado.

Propietario: Y que, ¿cómo ha ido la cosa?

Gerente: Parece que su hijo tiene ganas de comer algo.

Propietario: ¿De verdad? ¿En serio, ha recobrado el apetito?

Gerente: Ha dicho que quiere comer mandarinas.

Propietario: ¿Eh? ¿Mandarinas?

Gerente: Exacto.

Propietario: ¿Y qué has hecho, qué le has dicho?

Gerente: Le he dicho, que le llenaría la casa de mandarinas.

Propietario: ¡Ay, madre! Acabo de caer en la cuenta, ¿en qué mes estamos?

Gerente: Estamos en agosto, ¿por qué lo dice?

Propietario: ¿Es que no te enteras? Estamos en verano, y las mandarinas son una fruta de invierno. En está cálida época, ¿dónde vamos a encontrar fruta que no es de temporada?

Gerente: Disculpe, no me había percatado de ese detalle.

Propietario: Mi hijo habrá recobrado fuerzas escuchando tus palabras, pero si se entera de que no comerá mandarinas, igual le da algo de la angustia. ¡Qué horror! No hay nada peor que matar a un hijo propio, igual nos crucifican.

Gerente: Dispénsame al respecto.

Propietario: Aunque yo lo hiciera, el cielo nunca te perdonaría. A prisa, ve a buscarlas y tráelas cueste lo que cueste. Con suerte quizás halla alguna tienda con mandarinas aún.

Gerente: No se preocupe, así lo haré.

¡Ay! En que aprieto me he metido. A ver, parece que allí hay una verdulería.

Verdadero 1: Buenos días. ¿En qué le puedo servir?

Gerente: Perdona caballero, venía buscando mandarinas.

Verdadero 1: ¿Cómo? Pero hombre, ¿cómo vamos a tener mandarinas en esta época tan calurosa?

Gerente: ¿Verdad? Si ya lo decía yo. Pero, ¿está seguro de que no les queda ninguna que les haya sobrado o algo similar?

Verdadero 1: Aunque nos hubiera sobrado alguna, ¿no crees que lo normal es que se estropeen?

Gerente: No, si ya. Adiós. “¡Ay, dios! ¡Nos van a crucificar! Ahí hay otra tienda, probemos suerte.”

Verdadero 2: ¿Qué hay? Buenos días. ¿Qué le pongo?

Gerente: Oiga, no tendrá por casualidad alguna mandarina en el desván, ¿verdad?

Verdadero 2: Sintiéndolo mucho, no nos quedan. Pero descuide que igual queda alguna donde los mayoristas, en la zona de Kandatacho.

Gerente: Gracias por la información.

”Ta..tacho”, ¡ah! Parece que es aquí.

Mayorista: Buenas, ¿qué va a ser?

Gerente: Perdona que le pregunte esto pero, ¿no tendrá mandarina, verdad?

Mayorista: Sí, aún tengo, pero solamente dispongo de una caja nada más.

Gerente: ¿Eh! ¿Lo dice en serio? ¿Tiene mandarinas?

Mayorista: Espere un segundo, voy a comprobarlo. *(Pasan unos instantes)* Señor cliente, me pena informarle de esto pero, se han podrido todas. ¡Eh! Pero hombre, ¿qué le sucede? No se ponga a llorar.

Gerente: ¿Cómo quiere que me aguante? Ya no puedo más. Al fin que había conseguido llegar hasta un lugar en el que aún quedan mandarinas, y mira, no se puede comer ni una, ¡qué desastre! ¡Me crucificarán!

Mayorista: No tengo ni idea de lo que me habla, pero no se disguste así hombre. Espere un momento, que lo vuelvo a comprobar. *(Después de unos minutos)* Señor cliente, aún me quedaban más, mire aún tengo unas que se puede comer.

Gerente: ¿Qué alegría! Póngame esas, ¿cuánto son?

Mayorista: Contando con que estamos fuera de temporada y que son las últimas, ¿qué le parece si se lo dejo en el mil monedas?

Gerente: ¿Qué dice? ¿Mil monedas? Es un atropello, usted lo que quiere es aprovecharse de mi situación.

Mayorista: ¡Oiga, cuidado con lo que dice! Esto es una frutería de venta al por mayor. Es común que los clientes vengán en verano buscando mandarinas, pero en este tiempo. Además, la gente sabe perfectamente que éstas se pudren. Éste es mi negocio, no lo olvide. Si le parecen caras, por mil monedas, váyase a otro sitio.

Gerente: Venga hombre no se ponga así. Lo

consultaré, espere a que vuelva, y por favor no venda las mandarinas a nadie, se lo ruego. Ya estoy de vuelta.

Propietario: ¿Has encontrado las dichas mandarinas?

Gerente: Sí, pero, ejem...una cosa he de decirle.

Propietario: ¡Ah, menos mal!

Gerente: Es que me ha puesto un precio altísimo y claro...

Propietario: ¿Qué precio?

Gerente: Por favor no se asuste, ¡mil monedas me ha dicho el muy rufián!

Propietario: ¡Vaya ofertón! ¡Qué barato! Si con ellas logramos curar la enfermedad de mi hijo y mantenerlo con vida, no hay más que hablar. Ahora mismo te pago y vas a comprarlas.

El gerente recibió las mil monedas y fue ispo facto a comprárselas al mayorista.

Gerente: ¡Al fin lo he logrado! Aquí tiene las ansiadas mandarinas que me pidió.

Joven: ¡Hala, mandarinas! Gracias.

Gerente: No hay de qué. Yo sólo he cumplido mi palabra, así cómo le había dicho que haría. Tendrá que agradecerse a su padre, que ha sido quien ha pagado las mandarinas.

Joven: ¿Mi padre ha pagado, dice? ¡Cuán afortunado soy! Oye perdona pero, ¿podría pelarme las mandarinas?

Gerente: Faltaría más. Ahora mismo le pelo unas. No se vaya a pensar, que solo la cáscara de éstas ya cuesta un ojo de la cara. Una, dos, tres, en total diez. Vamos que a cien monedas cada una...

Joven: Gracias, ¡qué pinta más buena!

Gerente: ¡Buen provecho! ¡Ay madre! Ahí van, cien, doscientas, trescientas...setecientas monedas...

Joven: Estaban excelentes, gracias. Me siento mucho mejor. Aún quedan tres bolsas, una para usted y las otras para sus padres, tome.

Gerente: Muchas gracias. Bueno, entonces me las llevaré a donde su padre.

El gerente sale fuera de la casa.

Gerente: Madre mía cómo son en las familias apoderadas. Son capaces de pagar lo que sea con tal de curar la enfermedad de su hijo. Aunque yo trabajara toda la vida no podría ahorrar ni cien monedas siquiera, y aquí tengo tres bolsas, es decir, que es como si tuviera trescientas monedas. ¡Toma, menuda vida me espera!

Después de esto, el gerente desapareció con las mandarinas para siempre.

La artimaña de los soba y la hora (時そば)

En Japón se come soba, un tipo de fideos, originarios del alforfón. Su preparación consiste en

procesar el trigo en grano, disolviendo la masa con harina y batata. Posteriormente, se estira el compuesto, cortándolo en fideos de uno a dos milímetros. Después de cocerlos, se degustan con la salsa tsuyu.

Cliente n°1: Buenas noches. Póngame una ración de *soba*.

Dependiente: De acuerdo, marchando una de *soba*.

(Después de unos instantes)

Dependiente: Aquí tiene, buen provecho.

Cliente n°1: ¡Hala! ¿Pero ya los han preparado? ¡Qué rápido, excelente servicio! Es perfecto para nosotros los tokiotas que somos unos impacientes. No vea, que en otros establecimientos nos hacen esperar una eternidad y se le quitan a uno hasta las ganas de comer. ¡Ah, qué bien! Me ha puesto también palillos desechables. Sí señor, como tiene que ser, palillos a estrenar, así da gusto. Y encima, el recipiente que me han puesto es magnífico. Si es que ya se dice que la comida entra por los ojos, la presencia del plato es fundamental. *(Prueba un bocado)* ¡Um, menudo sabor tiene el caldo! *(Introduce un nuevo bocado en su boca)* ¡Está claro! Estos fideos tienen que servirse siempre así, finos y alargados. A pesar de ello, tienen una gran consistencia. Me voy a hacer cliente fijo de su restaurante. ¡Es que están riquísimos! ¡Me vuelven loco estos fideos!

Dependiente: Muchas gracias, es usted muy amable.

Cliente n°1: ¡Um, qué buenos estaban! ¿Cuánto le debo?

Dependiente: Son dieciséis monedas.

Cliente n°1: Tengo un montón de calderilla, espere que cuente y le doy justo.

Dependiente: Faltaría más, tómese su tiempo.

Cliente n°1: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...Por cierto, ¿qué hora es?

Dependiente: Ahora mismo son las nueve.

Cliente n°1: Diez, once, doce, trece, catorce, quince y dieciséis. Aquí tiene.

El cliente se marchó rápidamente tras pagar la cuenta. Sin embargo, en el restarurante había otro cliente, el cual estaba observando lo que pasaba.

Cliente n°2: (Hablando para si mismo) Ese señor, cuando iba a pagar ocho monedas, le ha preguntado la hora al dependiente para despistar. Y cuando le han dicho que eran las nueve, ha contado: diez, once. ¡Ya veo! Así es cómo le ha engañado una moneda, y se ha ido pagando menos. ¡Vaya genio! Yo tamién lo voy a probar, mañana mismo por la noche, se la hago yo también.

A la noche siguiente, el segundo cliente fue al

restaurante de soba, con la cartera llena de cambios.

Cliente n°2: Buenas, una de fideos por favor.

Dependiente: Vale, espere un momento. *(Después de unos minutos)* Aquí le traigo su pedido, caballero.

Cliente n°2: Pues sí que has tardado. ¿Es que no sabes que los de Tokio somos unos impacientes? Bueno también hay gente con mucha paciencia. Además, yo no es que digamos que tenga prisa ni nada, pero bueno. No me ha puesto palillos desechables ¿no? Bah, así no tengo que cansarme separándolos. Madre, pero que tazón más sucio me ha puesto, pero si está hasta roto por aquí. Bueno, ¡qué más da! Dicen que se come por los ojos, pero el tazón no me lo voy a comer, así que me da lo mismo. *(Prueba un bocado)* ¡Madre, que sabor! Quiero más caldo. Está tan ácido, que me va a subir la tensión. *(Prueba un nuevo bocada)* Encima estos fideos son demasiado gruesos. Y no tienen nada de cuerpo. Bueno, si lo pienso bien, así son más fáciles de digerir. No hay quién se coma toda esta cantidad. Ya no quiero más. ¿Cuánto te doy?

Dependiente: Son dieciséis monedas.

Cliente n°2: Tengo un montón de cambios, espera un poco que cuente.

Dependiente: Claro, tranquilo.

Cliente n°2: Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...¿Qué hora es?

Dependiente: Son las cuatro.

Cliente n°2: cinco, seis, siete, ocho...

Dicen que el segundo cliente perdió cuatro monedas en esta argucia, en la cual le salió el tiro por la culata.

Momotaro (桃太郎)

Antiguamente los niños eran graciosos y obedientes, pero hoy en día abundan los niños sabelotodo.

Padre: ¡Shota!

Shota: ¿Eh?

Padre:¿Cómo que eh? A la cama. ¿Hasta qué hora piensas estar viendo la tele? ¡Venga a dormir!

Shota: ¿Ya? Pero, papá. Si no tengo sueño.

Padre: Da lo mismo, si te metes en la cama y te tumbas, verás que rápido te duermes. ¡Ale, venga!

Shota: ¡Paso, que aún es muy pronto!

Padre: Vamos por favor, que te cuento un cuento, métete en la cama.

Shota: Papá, una cosa o la otra, las dos a la vez no, ¿eh? Es que no sabes que: ¿el que mucho abarca poco aprieta?

Padre: ¡Ya basta! Vamos, que si escuchas el cuento, te entrará sueño.

Shota: Bueno, vale. ¿A ver? ¿Cómo empieza?

Padre: “Érase una vez, en otra época...”

Shota: Papá, espera. ¿Cómo que en otra época? ¿De hace cuánto es la historia?

Padre: Eso no tiene importancia.

Shota: ¿Qué no? Papá, imagínate que en un examen de historia te preguntan en qué año se celebró la batalla de Sekigahara por ejemplo. ¿Crees que diciendo: en otra época te la darían por correcta? Pues eso, especifica un poco más. ¿Hace doscientos años o cuánto?

Padre: Sí, algo así. “Unos doscientos años atrás, había un hombre y una mujer de edad avanzada que...”

Shota: Papá, ¿cómo se llaman?

Padre: Shota, ¿no sabes que los personajes de los cuentos no suelen tener nombre?

Shota: ¡Anda ya, papá! ¡Cómo no van a tener nombre! Eso no me lo creo.

Padre: ¡Ponles tú el que quieras! ¿No ves que si te pones pesado, no me dejas avanzar nada?

Shota: Vale, sigue.

Padre: “El señor segaba la maleza del monte, mientras la mujer hacía la colada junto al río.”

Shota: ¿Por qué iba la mujer hasta el río para hacer la colada? ¿No tenían lavadora? ¿No me digas que no tenían electricidad ni gas en casa?

Padre: Pues claro que no. ¡No hemos quedado que es una casa de hace doscientos años! Anda cállate un poco, y escucha. “La mujer hacía la colada en el río, cuando de repente vió como la corriente arrastraba un gran melocotón. Lo recogió y lo llevó a su casa. Fue entonces cuando al cortarlo por la mitad, apareció un niño desde el interior. La mujer lo llamó: *Momotaro*.”

Shota: No me lo creo. Si eso fuera verdad, las fruterías estarían llenas de niños ¿no?

Padre: ¡No tergiverses la historia, hombre! “*Momotaro* creció, y se dirigió para combatir a los ogros a su isla. Llevaba consigo los famosos dulces de *kibi*. Por el camino, se topó con un perro, un mono y un faisán. “Le acompañaremos, si nos da uno de sus famosos dulces”—le dijeron los tres. Así fue como *Momotaro* logró hacer tres compañeros de aventuras. Al llegar a la isla de los ogros, *Momotaro* consiguió vencerlos gracias a la ayuda de sus aliados, el perro, el mono y el faisán. *Momotaro* regresó a la residencia de los señores mayores llevando el botín recuperado desde los ogros. Y así fue como...” ¿*Shota*, te has dormido?

Shota: Papá, es tan aburrida esa historia, que al contrario, me has despertado del todo. Ahora sí que se me ha pasado el sueño. ¿Papá es que no ves como está

compuesta la historia? Pero si está claro. Mira, al principio empieza con: “Érase una vez...”, de forma ambigua intencionadamente. ¿Por qué crees que es? Pues es, porque así al dejarlo en el aire, dejan a los niños margen para escuchar el relato y poder imaginarse los detalles. ¿Por qué crees que los protagonistas son unos señores mayores? De esta manera en el cuento quedan representados los padres que no han logrado tener descendencia.

Padre: ¿Así eh? No me digas. Pues ahora sí que me ha quedado claro.

Shota: Además, no se debe descuidar el detalle de que *Momotaro* nazca de un melocotón, lo que representa que es enviado por los dioses. Supongo que te habrás dado cuenta de que biológicamente, que un niño nazca con el ADN de un melocotón es imposible ¿no?

Padre: Claro, claro.

Shota: Encima, no puedes pasar por alto el fundamental significado que cumple la metáfora de los tres animales. El perro dice que si le cuida tres días, él le devolverá el favor durante tres años, ¿verdad? Esto es porque los perros son el símbolo de la lealtad. Por otra parte, el mono, es muy listo. Es porque simboliza la inteligencia. Y por último, la gente no lo suele saber, pero que sepas que el faisán, es el pájaro que representa al valor. Pues eso, papá, que no es una casualidad que salgan juntos estos tres animales, ¿eh? Todo está bien pensado, tienen su significado, no te vayas a pensar. Por ejemplo, la isla de los ogros, es una metáfora de lo severa que es la vida. Nos enseña, que vivir conlleva pasar por diversos infortunios. Además, no podemos olvidar la parte en la que se quiere transmitir esperanza. ¿No ves que *Momotaro* logra superar todas las adversidades y regresar a casa con un gran tesoro? ¿Qué creías que significaba esta parte? Así es como esta obra maestra, enseña a los niños como se ha de vivir en este mundo.

Papá, ¿has entendido lo que te he explicado? ¡Oye! ¿Te has dormido? Ay, cómo sois los padres de hoy en día.

El comedero del gato (猫の皿)

Los anticuarios, allá donde van buscan objetos de valor que en ocasiones otras personas suelen considerar ya obsoletos. Probablemente se pueda decir que éstos padezcan de un tipo de enfermedad profesional.

La siguiente historia aconteció en un día primaveral, cuando un anticuario de la capital Edo entró en una tetería.

Anticuario: ¡Ah, qué paliza! Llevo todo el día dando

vueltas, y no he encontrado nada que merezca la pena. ¡Todo mi gozo en un pozo! Bueno, supongo que todos los días no va a ser llegar y besar el santo. Perdona, me pones un té.

Tendero: Buenos días, un té ¿verdad? Ahora mismo se lo traigo.

Anticuario: “Vaya sitio más apacible. Hace un día primaveral fantástico. ¡Hala! Pero si hay un gato comiendo ahí. ¿Eh? Parece que está comiendo de un plato, ¡un momento! Ese plato tiene aspecto de reliquia, que yo tengo buen ojo. Así a primera vista, estimo que costará unas cien monedas aproximadamente. Es evidente que el tendero, no ha caído en la cuenta del valor del plato, si no, no se lo pondría al gato”.

(Después de unos instantes)

Tendero: Aquí tiene su té caballero. Tenga cuidado, aún está muy caliente.

Anticuario: Muchas gracias.

¡Hola, gatito! ¡Qué bonito eres, ven aquí anda!

(Abrazando al gato) “¡Ah, qué mono es! Además está ronroneando”.

Tendero: Señor cliente, parece que ha usted le apasionan los gatos, ¿no?

Anticuario: ¡Bua, no se imagina usted cuánto! Lo que pasa es que el otro día, se murió el gato que tenía y ahora al ver a éste me han venido tantos recuerdos... si es que yo lo quería cómo si fuera mi hijo. Oiga, señor tendero, ¿sería mucho pedir, si le pidiera que me diese a este gato? Le prometo que lo cuidaré con mucho mimo

Tendero: Lo siento, pero me pide demasiado.

Anticuario: Venga, no sea reacio, que seguro que tiene más gatos aparte de éste.

Tendero: Sí, tengo cuatro o cinco más, pero éste es el favorito de mi nieto, así que cómo usted comprenderá no se lo puedo dar.

Anticuario: Escuche, que no me lo voy a llevar sin pagarle nada. Le ofrezco tres monedas por él, ¿qué le parece?

Tendero: ¿Me daría tres monedas? ¿De verdad? Bueno si es así, sí que se lo vendo. Luego le pido perdón a mi nieto y ya está.

Anticuario: Venga, entonces trato hecho. Aquí tiene, tres monedas y el dinero del té también.

Tendero: Se lo agradezco. *(Dirigiéndose al gato)* Te deseo lo mejor, en tu nueva vida con este señor.

Anticuario: *(Disimulando que se acaba de percatar del plato)* Ah, éste es el plato donde come el gato, ¿verdad? Me lo llevo también, ¿vale?

Tendero: No, no. De ninguna manera.

Anticuario: ¿Y eso, a qué se debe?

Tendero: Aunque pueda parecer una baratija, este plato es en realidad una obra de un ceramista chino. Es una cerámica que asciende a más de cien monedas. Así sintiéndolo mucho, como usted podrá imaginar, no se lo puedo dar.

Anticuario: *(Hablando para si mismo)* ¡Jo, estoy gafado hoy, ya se había dado cuenta el muy bribón!

Tendero: Por favor, cuide bien el gato.

Anticuario: ¡Ay, qué daño! Me acaba de arañar, el muy desgraciado. ¿Lo ha visto? ¿Eh? ¡No me fastidies! Pero si se acaba de orinar encima mío. ¡Paso de este gato, quédeselo! Ya no me lo llevo.

A propósito, ¿por qué le daba de comer al gato en un plato de tanto valor?

Tendero: Es que no vea usted, si le doy de comer en este plato al gato, los clientes van y me dan tres monedas por él.

La pasión por la bebida de un padre e hijo (親子酒)

El relato de las dificultades para dejar el alcohol de un padre y su hijo.

Padre: ¡Ken'ichi! A los dos nos encanta el alcohol. Pero has de ser cauteloso, en la vida hay innumerables casos de personas que se han echado a perder por causa del alcohol. Así que por lo que más quieras, no te dejes embaucar, sería mejor que lo dejaras. Ya sabes que se dice: “consejos vendo, para mí no tengo”, pero yo me lo voy a aplicar a mí mismo. Desde hoy, me voy a abstener de su consumo.

Hijo: De acuerdo papá. Yo tampoco voy a probar ni gota de alcohol, te lo prometo.

Sin embargo, como dice el refranero: “fácil es decirlo, pero difícil hacerlo”. *Mantenerse sobrio sin ingerir alcohol es una tarea escabrosa. Los primeros días se pasan con facilidad, pero cuando han pasado unas semanas, la seducción del alcohol es irresistible.*

Padre: Últimamente, me siento un tanto cansado. ¿No tenemos alguna medicina para el cansancio?

Madre: Si quieres puedo traerte alguna bebida energética.

Padre: No, no déjalo. ¡Ah, ya sé! ¿Acaso no se dice que el alcohol cura todos los males? No pasa nada porque beba un poco de vez en cuando, ¿no?

Madre: No deberías. ¿Ya has olvidado que le prometiste a Ken'ichi que dejaríais de beber? ¿Qué le dirás cuando vuelva, si empiezas a beber otra vez?

Padre: Tranquila, que no va a volver aún. Me ha dicho por teléfono que hoy vendría tarde. Así que me tomaré una copa y me iré a la cama antes de que venga.

Madre: ¿Estás seguro? Bueno, como tú quieras, pero solo una copa, ¿eh?

Después de pasar un tiempo abstemio, el padre no logró resignarse con solo una copa.

Padre: ¡Solamente una más! De verdad, que ya no bebo más.

Madre: La última que te sirvo.

Sin darse cuenta, copa a copa el padre se cogió una borrachera importante.

Padre: (Hablando borracho) ¿Cómo...hip?¿Qué ya no que...da bebida? ¡Hip! Véte a comprar más. ¿Quién dices que está, hip... borra...cho? ¡No me tomes el pelo! Yo no estoy...hip, borracho en absoluto. Son imaginaciones tuyas...hip, que me ves borracho en aparien...cia. ¿Qué? ¿Dices que Ken'ichi ha vuelto?

Hijo: (Hablando borracho también) Hola...papá. ¡Hip!

Padre: ¡Hombre, qué pronto...hip, has venido!

Hijo: Escucha papá, no te imaginas lo que me ha pasado hoy, ¡hip! Estaba de negocios, y me han invitado a cenar y charlando ya sabes, ¡hip! Te sacan bebida, y te dejas llevar y... Pero oye, hip... que te quede claro que yo he rechazado beber, porque habíamos prometido juntos que nos íbamos a mantener abstemios. Les he dicho un montón de veces que no podía beber, pero han insistido en que, hip...tomara solo un trago, y al final, pues ya sabes, he tenido que aceptar a regañadientes. Y al verme beber, me han servido más y entre una cosa y otra... No me ha quedado más remedio, hip...y bebido una copa más. Y para cuando me he querido dar cuenta, mira cómo me he puesto, hip...

Padre: ¿No te da vergüenza? Espera, oye, ¡ah! Pero si eres un bicéfalo. ¡Monstruo! ¡Devuélveme a mi hijo!

Hijo: ¡A mí que me cuentas! ¡Yo tampoco estoy conforme, hip...con este tio vivo de casa, que no deja de dar vueltas!

Shinigami (死神)

En el rakugo llamado "Shinigami", deidad que personifica a la muerte, aparece el personaje Gensuke quién no tiene mucha suerte en la vida. Ha contraído matrimonio, pero su esposa es una áspera mujer que no le permite entrar en casa, a no ser que haya logrado obtener ingresos antes.

Gensuke: ¡Ay madre! Hoy tampoco he conseguido trabajo, y estoy a dos velas. No puedo regresar a casa así. ¿Qué puedo hacer? ¿Me tiro al río? ¿Me cuelgo de un poste? O quizás sería mejor si me clavara un puñal.

Shinigami: (Susurra en voz baja) ¿Quieres que te ayude?

Gensuke: ¡Eh!, ¿quién anda ahí?

Shinigami: Te estoy proponiendo si quieres mi ayuda.

Gensuke: ¿Cómo? Pero tú, ¿quién demonios eres?

Shinigami: Soy un *shinigami*

Gensuke: ¡¿Qué dices?! Un...*shiniga..mi*. ¿No me digas qué eres, ese tipo de *shinigami*?

Shinigami: Presta atención. Lo que necesitas es dinero, ¿no?

Gensuke: Sí, me hace falta dinero. Pero no te vayas a pensar que quiero ayudarte o algo así, ¿eh?

Shinigami: No seas necio. ¿Acaso no te gustaría convertirte en médico?

Gensuke: ¿En médico dices? Menuda tontería, pero si no tengo ni idea de medicina.

Shinigami: Tranquilo, yo seré quién te enseñara a curar a los enfermos.

Gensuke: Vaya, eres tremendamente amable.

Shinigami: Es porque me gusta tu forma de ser. Ese aura oscura que transmites.

Gensuke: Bah, si tú lo dices...

Shinigami: ¡Atiende! Todas las personas con una enfermedad grave tienen un *shinigami* con ellas. Cuando nosotros estamos en la cabecera de la cama de los enfermos es porque éstos pronto van a morir. Esto no tiene solución, así está establecido. No se puede romper esta norma. Sin embargo, cuando un *shinigami* está en los pies, aún se puede tener esperanza. Los *shinigami* no pueden ser vistos por los humanos corrientes, pero a ti te permitiré que puedas vernos. Hay un conjuro que al ser recitado espanta a los *shinigami*. El conjuro es éste, escucha con atención. ¡*Ayarakamokuren, tekerettsunopa!* Después has de dar dos palmadas. De esta manera, el *shinigami* desaparecerá y el enfermo abrirá los ojos vigorosamente.

Gensuke: Entendido. Lo probaré. "Ayara, ayara..." ¿Cómo seguía?

Shinigami: ¡Ya me parecía a mí! Escucha atentamente: ¡*Ayarakamokuren, tekerettsunopa!*

Gensuke: Vale. Tengo que decir: "*Ayarakamokuren, tekerettsunopa*" y luego dar dos palmadas. ¡Oye *shinigami*, parece que las palabras mágicas funcionan! Ahora solamente oigo tu voz. ¿Cómo dices? Ah, que el conjuro tan solo tiene validez por un año, es más que suficiente.

De este modo, Gensuke comenzó a trabajar, colocando en la puerta de su casa un cartel que ponía: "Médico". Éste tenía una caligrafía pésima, pero era adecuado para guardar las apariencias.

Dependiente: (Golpea a la puerta) Disculpen, ¿se encuentra disponible el doctor? Mi marido está muy

grave, está a punto de morir.

Gensuke: Ah, sí. Sí yo soy el médico.

Dependiente: ¡¿Quién tú?! (*Retumba la voz*) ¡Dios mío, pero si es un crío! ¡Ah, discúlpeme! De todas maneras es usted el único que aún no ha diagnosticado a mi marido, no me queda otra que probar suerte.

Gensuke: Yo estoy muy ocupado, pero bueno si dices que es primordial, pues iré.

Dependiente: Si fuera tan amable.

* * * *

Dependiente: Ya hemos llegado, pase por aquí por favor.

Gensuke: (*Señalando con el dedo*) Aquí está la cabeza y aquí los pies, ya veo. (*Buscando con la mirada al shinigami*)

Dependiente: Doctor, ahí no está el paciente. Es aquí.

Gensuke: Pues claro, ya lo sé. ¡Uf, menos mal! El tipo debe de estar en los pies.

Esposa: Doctor, ¿cree que hay alguna posibilidad de que se cure?

Gensuke: Por supuesto. Su marido se recuperará enseguida

Esposa: ¿De verás?

Gensuke: Claro. Pero antes, ¿estás segura de que lo puedes pagar?

Esposa: Faltaría más, sin duda que le pagaremos.

Gensuke: De acuerdo, pues esperad fuera y cerrad la puerta. ¡*Ayarakamokuren, tekerettsunopa!* (*Palmadas*)

Paciente: (*Se levanta con vitalidad*) ¡Umm, qué bien he dormido! Okiyo, tengo hambre.

Esposa: (*Abriendo la puerta*) ¡Dios santo! ¡Mi marido ha dicho que tiene hambre! ¿Qué le debo dar? ¿Un caldo o fruta?

Gensuke: Lo que quieras. Si quieres Tempura o Sukiyaki, o lo que más le guste a tu marido.

Esposa: ¿Tempura o Sukiyaki también? ¿De verás que no le afectará?

Gensuke: ¡Qué si mujer! No pasa nada. Por cierto, hablando de los costes médicos, ¿qué te parecen diez monedas?

Esposa: Sin lugar a dudas. Le pagaré cien, ¡qué usted a curado milagrosamente a mi marido!

Gensuke: ¡Cien monedas! ¡Olé qué bien!

Los rumores de que el Doctor Gensuke hacía milagros se extendieron por toda la ciudad. Un conjuro por aquí, otro por allá...

Pronto se hizo Gensuke con una fortuna. Dejó a su mujer, se compró una mansión y se fue a vivir a ella con una mujer más joven y más bella. Hizo de todo, bebió alcohol y se enfrascó en juegos de azar. Así es cómo

nuevamente necesitó trabajar como doctor.

Con suerte encontró a varios pacientes rápidamente, pero por desgracia en todos ellos los shinigami ya se encontraban en la cabecera. Ya estaba a punto de pasar un año desde aquello. Quizás éste sea su último paciente.

(*Repican a la puerta*)

Gensuke: ¡Ah alguien ha venido! Un cliente, pase pase. Es usted de la tienda de Ise especializada en el sector textil tradicional, ¿no es así? ¿Está el dueño a punto de morir? De acuerdo, le acompaño.

Dependiente 2: Sígame doctor, es por aquí.

Gensuke: (*Mirando por todas partes*) Aquí está la cabeza y aquí los pies... Por desgracia, el enfermo no tiene cura. No puedo hacer nada por él.

Dependiente 2: ¡Doctor, por favor haga algo! Le pagaré cinco mil monedas.

Gensuke: ¡Cinc...! ¿Cinco mil monedas? Bueno pues espera que lo mire otra vez. Ya veo... (*mirando los pies y cabeza del paciente*) Por aquí, en algún lugar, ¿hay cuatro jóvenes fornidos?

Dependiente 2: Hay muchos.

Gensuke: Será suficiente con cuatro. Tráelos aquí ahora mismo.

Dependiente 2: ¡O...ye! Matsu, Kuma, Hachi, Kiroku, ¡venid aquí, rápido!

Encargado: Ahora mismo, señor.

Gensuke: ¡Poneos cada uno en un extremo de la cama! Cuando yo de la señal, tenéis que girar al paciente de esta manera (*explica cómo con un pañuelo*). Hay que poner los pies dónde estaba la cabeza y la cabeza en el lugar de los pies. ¡Pero esperad! Cuando yo os lo diga.

* * * *

Gensuke: Esperad, aún no. Al parecer el *shinigami* tiene sueño, pero aún no es el momento. Ha empezado a dar cabezadas. ¡Ah! Se acaba de dormir. ¡Ahora! ¡Giradlo! (*Indicando con las manos*)

¡*Ayarakamokuren, tekerettsunopa!* (*Palmadas*)

Gensuke se dirigió a regresar a casa lleno de júbilo, después de haber recibido las cinco mil monedas, cuando de repente...

Shinigami: ¡Gensuke! ¡Gensuke!

Gensuke: ¿Quién es? Ah, eras tú. Mira me han dado cinco mil monedas, pero calla no se lo digas a nadie, ¡eh!

Shinigami: (*Sin poder ocultar su ira*) ¡Calla mentecato! Por tu culpa, hoy me han llamado la atención mis superiores. Los demás *shinigami* están enfadadísimo conmigo. Me han relegado y encima multado por tu culpa. ¿Qué te has creído? Él de la tienda textil de Ise también era yo, ¡memo! He de llevarte conmigo a un

lugar. ¡Ven! (*Agarrando a Gensuke por la solapa*)

Gensuke: ¡Ey! ¿Qué dices qué te he hecho yo? Yo no he hecho más que ayudar a la gente, no he hecho nada malo. Espera... ¿Eh? Pero, ¿dónde me has traído? No puedo abrir los ojos, ¡qué resplandor! (*Deja en el suelo la bolsa con las cinco mil monedas*) ¿Y estas velas?

Shinigami: Estas velas representan las vidas de las personas.

Gensuke: Evidentemente, las hay más largas y más cortas.

Shinigami: Aquella que está casi consumida, esa es la tuya.

Gensuke: ¡Eh! ¿Pero qué dices? ¿Esa es la mía? Pero si se va a apagar enseguida...

Shinigami: Así es. Y cuando se apague, tu vida también lo hará.

Gensuke: Un momento. ¿No hay nada que pueda hacer? ¡Ayúdame! Te puedo pagar el castigo. Mira, tengo cinco mil monedas.

Shinigami: Tú eres el culpable. Tú fuiste quién cambió su vida por esas cinco mil monedas. Los *shinigami* han decidido que te morirás con un catarro mal cogido.

Gensuke: ¿Yo? ¡Pero qué dices! Mírame, estoy vivito y coleando.

Shinigami: Lo sé, pero tú hoy te resfriarás y te morirás de ello.

Gensuke: Pero... ¿qué he hecho mal?

Shinigami: Aquí hay otra vela, ¿querrías probarla? Si se logra traspasar el fuego a está, tú vida podría alargarse por un tiempo, pero seguramente sea imposible..

Gensuke: Lo intentaré. Haré lo que sea necesario. ¡Dáme esa vela! ¡Rápido!

Shinigami: Bien, entonces será mejor que te apresures. ¡No deberías temblar tanto!

Gensuke: ¡Silencio! Qué estoy concentrado. ¡Ah, mira se ha encendido!

Shinigami: ¡Venga ya!

Gensuke: ¡Mira, mira lo he logrado!

Shinigami: No puede ser.

Gensuke: Mira que llama más bonita tiene. Una fusión de tonos amarillos y azules. ¡A...achís! (*Del susto se queda petrificado*)